

introducción de la *encomienda*, la labor cristianizadora y educativa de los misioneros y de los «maestros de capilla», en las ciudades y en el ámbito rural y especialmente la acción ejercida sistemáticamente por los españoles sobre los hijos de caciques, siguiendo el ejemplo practicado por los incas, todo ello vino a dañar profundamente la cultura de los grupos amerindios que van transformándose en poblaciones mestizas racial y culturalmente hablando.

«En lo referente al Período Colonial se ha puesto de relieve la cultura indígena, por la idiosincrasia de los pueblos o reducciones, los que entonces fueron predominantemente indígenas. Esta situación parece que cambió durante el siglo XVIII, época en la que se puede detectar un aumento de la población mestiza, y aun la residencia en los poblados de algunas familias de origen español, elementos que cambiarán radicalmente la configuración social de los pueblos durante el siglo XIX, pues se transformarán en centros de poder mestizo, o de la denominada «cultura nacional», mientras su periferia, en algunas zonas, seguirá considerándose como indígena» (Borchart, 1981: 265).

El *etnocidio* provocado por la acción española durante la colonia, condujo, como reacción, a múltiples sublevaciones indígenas durante el siglo XVIII, las que han sido analizadas con minuciosidad por Segundo Moreno (1976) y que son un ejemplo de la resistencia ejercida por los grupos amerindios de la sierra en defensa de su propia identidad cultural.

Genocidio y etnocidio contemporáneo

El primero de los casos que nos proponemos examinar para analizar la situación de los grupos indígenas del área amazónica en nuestro tiempo, en relación con el proceso de «desintegración» y pérdida de su identidad cultural, es el que representan los *Achuar* (Descola, 1981).

Los Achuar constituyen un grupo cultural y lingüístico que forma parte del conjunto etnolingüístico Jívaro, de la región suroriental de la República del Ecuador, los que se hallan en este momento sometidos a un proceso de cambio de carácter económico-cultural que, sin duda, va a poner en peligro en breve plazo su existencia como grupo étnico y cultural independiente.

Los Achuar han sido hasta hace escaso tiempo un grupo perfectamente adaptado a su medio ambiente, uno de los más extensos territorialmente hablando, tanto en el continente americano como, en general, en todo el mundo: el bosque tropical lluvioso. El *área amazónica* ofrece, desde el punto de vista ecológico y fitogeográfico, dos ecotipos relativamente diferentes: lo que se conoce en Brasil con los nombres de *terra firme* o ecotipo interfluvial y la *varzea* o ecotipo ribereño. El segundo de estos ecotipos, en el que los suelos se encuentran periódicamente enriquecidos por sedimentos fluviales de origen andino y que gozan así de una fertilidad alta y permiten una explotación agrícola óptima, son, a pesar de su proximidad a la vertiente oriental de los Andes, relativamente escasos en el Ecuador amazónico, limitándose a una parte de los ríos Napo y Pastaza. Es el ecotipo interfluvial el que prepondera en esa región; por tanto, la adaptación al medio de los *Achuar* se ha producido a ese ecosistema.

El ecotipo interfluvial está constituido por «suelos geológicamente muy antiguos y drenados por ríos pobres en contenido mineral (...) que datan del Terciario y han sido entonces expuestos desde millones de años a una acción de destrucción química de los minerales solubles. Como consecuencia poseen suelos arcillosos y arenosos ácidos con una fertilidad muy baja» (Descola, 1981: 38). La acción solar sobre el suelo, a partir de los 26° C., destruye el componente bacteriológico del humus, al tiempo que la acción pluvial tiende a una progresiva erosión del suelo, lo que quiere decir que desprovisto éste del manto vegetal, se convertiría rápidamente en terreno absolutamente improductivo. Esto es lo que ha ocurrido allí donde la civilización industrial ha procedido a la deforestación del terreno: «el humus desaparece a causa de la erosión, los minerales solubles se escapan en el subsuelo y los rayos ultravioletas producen cambios químicos en el suelo que ocasionan una pérdida continua de nitrógeno. Después de un cierto período de exposición permanente al sol y a la lluvia, aun una adición masiva de fertilizantes naturales o artificiales es insuficiente para poder restaurar el contenido en nitrógeno del suelo, a causa de la volatilización rápida consiguiente a la insolación. Así (...), la supresión de la protección vegetal natural inicia un proceso paulatino de degradación del suelo, el cual puede llegar hasta la esterilidad irreversible en caso de una deforestación permanente» (Descola, 1981: 39).

En esas condiciones, el grupo *Achuar*, cuya población se estima en 4.000 personas expandidas en un amplio territorio en torno a la línea de demarcación del Protocolo de Río de Janeiro, en las provincias de Pastaza y de Morona Santiago, constituyen una población perfectamente adaptada al ecosistema de tipo interfluvial, al cual ha respetado durante milenios.

Se trata de un grupo étnico de horticultores-cazadores, asentados en unidades familiares que ocupan de una a tres casas, que se sitúan dejando 15 ó 20 kilómetros entre cada asentamiento. Su economía combina la producción agrícola de las *chacras*, trabajo que realizan por lo general las mujeres, mientras los hombres desarrollan una actividad predadora de caza y pesca, así como colaboran con las mujeres en la labor de desmonte, en el proceso de roza y quema utilizado para la agricultura.

La horticultura produce entre el 70 y el 80 por 100 de los alimentos; pero la caza-pesca representa la totalidad del aporte proteico, lo que da como resultado un promedio calórico de 2.300 calorías diarias por persona, por tanto, 200 calorías más de las deseables 2.100 calorías señaladas por la FAO.

El trabajo hortícola, utilizando una amplia gama de plantas cultivadas —yuca, camote, plátano, etcétera— consiste en la tala y quema de una superficie de bosque que oscila entre 4.000 m² y tres hectáreas; la *chacra*, que reproduce a menor escala la selva primitiva colindante, con sus tres pisos de vegetación: 1) plátanos y papayas a 3 ó 4 metros de altura; 2) naranjilla, yuca y arbustos a 1 ó 2 metros de altura y 3) maní, frijoles, etcétera, a nivel del suelo, lo que sirve de protección al mismo, de manera relativamente parecida a la que ejerce la selva.

Por su parte, la acción predadora de los cazadores incide sobre una población de mamíferos y aves de gran variedad, pero de escasa cantidad, que representa el 6 por 100 de la biomasa animal total.

Las dos circunstancias —horticultura y caza— implican un distanciamiento

máximo entre asentamientos y un desplazamiento periódico de los mismos que es debido más a la escasez de caza que a la fragilidad del equilibrio ecológico vegetal. Se trata, pues, de un sistema económico limitado a la subsistencia, pero que ha permitido durante milenios que una población de características culturales de tipo tribal perviviese hasta nuestros días, lo que permite afirmar que «los *Achuar* están marginalizados, pero no son pobres» (Descola, 1981: 43).

Esa situación está empezando a cambiar desde los primeros años de la década de los 70, en que la Misión Salesiana y la Federación de Centros Shuar, así como la Gospel Missionary Union, junto con la Asociación Indígena de los Pobladores Shuar del Ecuador, han contribuido a la apertura de unas quince pistas de aterrizaje en el territorio *Achuar*.

Ese hecho ha producido como consecuencia inmediata una concentración de la población en torno a los aeropuertos que puede conducir al rompimiento del equilibrio ecológico y, en definitiva, a la desaparición física del grupo étnico o a su transformación radical y, por consiguiente, a la desaparición de su lengua y su cultura.

El caserío nucleado que aparece junto a la pista de aterrizaje concentra, por regla general, unas doce unidades domésticas, lo que desde el punto de vista de las relaciones sociales representa una población relativamente semejante a la que anteriormente se ponía en contacto a través de los sistemas de relación ordinarios de los pueblos hortícolas-cazadores. Los factores negativos más alarmantes son los que se refieren al crecimiento demográfico de la población *Achuar* y la introducción de la ganadería.

Los poblados nucleados, en razón de su causa de nacimiento, se transforman en pueblos estables. Eso tiene dos efectos inmediatos: el sistema de roza y quema incide siempre sobre un área próxima al poblado, lo que impide que las tierras no productivas descansen los 20 ó 25 años necesarios para su regeneración; por otra parte, el territorio de caza se aleja considerablemente del hogar, haciendo que la actividad masculina se alargue de las 5 a las 8 o más horas diarias, lo que a su vez obliga a un aumento en la dieta calórica. En definitiva, ambos factores impiden el periódico traslado de los asentamientos, con lo que la explotación del medio empieza a ser desequilibrada e irracional.

La única ventaja para Descola (1981: 45), que consiste en la escolarización de los niños, representa, en nuestra opinión, uno de los factores más peligrosos para la pérdida de la identidad de los *Achuar*, ya que es a través de la educación como los jóvenes de dentro de 15 a 20 años hallarán su mayor conflicto cultural, ya que el sistema escolar tratará de desarraigarles de su propio sistema cultural.

«La introducción de una producción ganadera para completar el sistema productivo tradicional representa una estrategia económica que ha sido, en cierto modo, impuesta a los grupos indígenas como único medio para ellos de poder obtener títulos legales de propiedad sobre sus territorios tradicionales» (Descola, 1981: 45). La consecuencia inmediata de esa situación es la de que los *Achuar* utilizan para pastizales las propias chacras de cultivo; así, se acelera el ciclo rotativo de las chacras, con lo que tienen que desmontar más bosque y más a menudo, «aumentando así el carácter limitante del factor tierra ya introducido por la nucleación».